

"Parla... siam soli..."

Hay óperas o personajes que se definen por una simple frase, y no de las difíciles. Si se la pronuncia de modo apropiado, aunque alrededor haya altibajos, la corriente pasa. Pasó cuando la dijo de modo inmejorable Anthony Michales-Moore, que continúa interesándose por los grandes personajes baritónicos de Verdi y ha profundizado este *Rigoletto*. Tal vez lo canta mejor, pese a algunos momentos en que la respiración lo obligó a llegar a sus últimas reservas, pero sobre todo lo dice y actúa de modo estupendo. Porque tradujo la soledad y la necesidad de hablar, que Verdi supo plasmar tan bien en tantas obras. La puesta de Monique Wagemakers lo ayudó en parte, con una especie de cuadrilátero en el que el coro —excelente trabajo, dirigido por Winfried Maczewski— es actor y espectador, con unas luces más bien oscuras siempre y un vestuario de época, pero de esos oscuros típicos de la pintura holandesa, lo que acentuó la



Un "Rigoletto" con puesta en escena de Monique Wagemakers.

sensación de claustrofobia. No lo ayudó (en particular en el primer acto) la dirección de Daniele Callegari, que se-

guía tiempos y dinámicas imprevisibles, pese al buen hacer de la Nederlands Philharmonisch Orkest. Su Gilda fue una Cinzia Forte sin mucho relieve, con agilidades poco precisas y poco pianísimos pero que fue mejorando después del primer acto. En el Duque debutaba el muy esperado Joseph Calleja, que por ahora convence más en disco que en vivo: el material está, pero el actor y el cantante son aún muy bisoños. Graciela Araya dijo más que cantó Magdalena. Mario Luperi estuvo mejor en Sparafucile, pese a algunas notas fijas y un grave poco bello. En cualquier caso, mejor que la voz rígida y vociferante del Monterone de Alan Ewing. Menai Davies fue, en cambio, una excelente Giovanna. Y, como queda dicho, cuando hay un protagonista, *Rigoletto* es... pues *Rigoletto*.

J.B.
De Nederlandse Opera
Amsterdam

Ángeles en Nueva York

La mejor producción de ópera contemporánea desde hace veinte años, desde el famoso *Nixon in China* de la pareja Adams-Sellars. Así resulta, en el parisino Châtelet, el estreno mundial de *Angels in America*. Constituye la tercera ópera de Peter Eötvös, después de *Trois Soeurs* y *Le Balcon*. Pero no es totalmente una obra maestra al igual que *Trois Soeurs*; pues si la escritura musical tiene todo para seducir, lejos de las disonancias o del intelectualismo abstracto de antes, se queda en una ilustración de la acción teatral, tal como una música de película. Así el canto está poco presente entre muchos diálogos hablados por encima de un hilo musical. Si la obra se titula ópera, parece por estar solamente de moda, pues de ópera tiene poco. Pero se muestra perfecta, con su orquestación diáfana matizada de jazz o de "musicals". Un sabor estadounidense intencional de parte del compositor.

No se trata sólo de música, sino también de teatro y espectáculo. Y en el todo está el acontecimiento. El libreto en inglés de Mari Mezei, la propia mujer de Eötvös, se inspira en una pieza epónima de Tony Kushner de éxito hace veinte años en los teatros anglosajones, que ha suscitado una reciente versión para la televisión de éxito mundial. Narra la aparición del sida en la comunidad gay de Nueva York en los años 80. Con algunos personajes emblemáticos que van del realismo al misticismo, situaciones bien plantadas, la acción tiene una eficacia sin fallo, duplicada por la música. Se añade una escenografía, firmada por el joven Phillipe Calvario, de las mejores que pueden ser. En una ideal dirección de actores, escenas construidas como planos de película entre decorados sencillos y evocadores, la velada lleva el drama sin un momento de cansancio. La dirección musical del mismo Eötvös es lo que necesita este tipo de hito: sutil y



Un importante estreno mundial el de "Angels in America", de Peter Eötvös.

perfectamente arreglada frente a buenos solistas instrumentales y a un reparto vocal emerito (en el caso de Barbara Hendricks y Julia Migenes, que ya no tienen voz pero sí expresión traducida por micrófonos) o realmente lírico (en el caso de Daniel Belcher, imparable papel principal). ¡Por fin, un espectáculo musical actual de constante interés! Y en el Châtelet hace revolución, con un público acudido en muchedumbre, que lucha para encontrar entradas y que aplaude sin fin.

P.-R.S.
Teatro del Châtelet
París